Globethics Repository



Joseph Cardenal Ratzinger: ¿exterminador del futuro? [Joseph Cardinal Ratzinger: destroyer of future?]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Boff, Leonardo, 1938-
Publisher	DEI (Departamento Ecuménico de Investigaciones)
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-09 07:51:58
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/189967

PASOS

"El justo como la palma florecerá"

Una publicación del Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI)

Consejo Editorial

Franz J. Hinkelammert
Pablo Richard
Maryse Brisson
José Duque
Elsa Tamez
Silvia Regina de Lima Silva
Wim Dierckxsens
Germán Gutiérrez

Colaboradores
•Hugo Assman •Luis Rivera Pagán • Frei Betto •Julio de Santa Ana • Jorge Pixley • Otto Maduro •Fernando Martínez Heredia • Leonardo Boff • José Francisco Gómez • Jung Mo Sung • Enrique Dussel • Pedro Casaldáliga • Giulio Girardi • Juan José Tamayo • Michel Beaudin • Raúl Fornet Betancourt •Maruja González • Georgina Meneses

Se autoriza la reproducción de los artículos contenidos en esta revista, siempre que se cite la fuente y se envíen dos ejemplares de la reproducción.

Contenido

- Joseph Cardenal Ratzinger: ¿exterminador del futuro? Sobre la Dominus Iesus
  ..... Leonardo Boff
- ¿Quién subvierte el Concilio? Respuesta al Cardenal J. Ratzinger. A propósito de la Dominus Iesus
  ..... Leonardo Boff
- La catolicidad necesaria para un mundo globalizado. Reflexiones sobre la colegialidad episcopal
  ..... Marcelo Barros
- Comunicado de la Conferencia Nacional de Obispos de Brasil sobre el compromiso ecuménico de la Iglesia Católica
- Empresa ciudadana: ¿nueva metamorfosis del capital?
  ..... Armando de Melo Lisboa
- De la rueda y el freno. El camino hacia la democracia de Georg Lukas y Rosa Luxemburgo
  ..... Joaquín Herrera Flores

EDITORIAL DEI
Departamento Ecuménico de Investigaciones
Apartado Postal 390-2070 Sabanilla
San José, Costa Rica
Teléfonos (506)253-0229 253-9124

Joseph Cardenal Ratzinger: ¿exterminador del futuro?
Sobre la *Dominus Iesus*

Leonardo Boff [*]

Al concluir los festejos de los dos mil años de cristianismo, el cardenal José Ratzinger nos brinda un documento doctrinario que debemos agradecer. En él, sin máscaras ni subterfugios, se expone cuál es la visión que una parte de la Iglesia, la jerarquía vaticana,
tiene de la revelación, del designio de Dios en Cristo, de la naturaleza de la Iglesia, del diálogo ecuménico e inter-religioso. Ahora, todos, hombres y mujeres de buena voluntad, personas religiosas y espirituales, iglesias cristianas y cada fiel, saben lo que deben esperar o no de la Iglesia jerárquica vaticana respecto al futuro del diálogo micro y macroecuménico. Ese futuro es aterrador, pero absolutamente coherente con el sistema que la Iglesia jerárquica vaticana elaboró a lo largo de los últimos siglos y que ahora alcanzó su expresión pétrea. Es el sistema romano, férreo, implacable, cruel y sin piedad.

1. La inaudita agresividad de un cardenal tímido

Dicho en una forma sencilla —picaresca pero verdadera— he aquí el resumen de la ópera:

> *Cristo es el único camino de salvación y la Iglesia es el peaje exclusivo. Nadie recorrerá el camino sin antes pasar por ese pea)fc.*

Dicho de otra manera:

> *Cristo es el teléfono sin embargo sólo la Iglesia es la telefonista. Todas las llamadas de corta y de larga distancia necesariamente pasan por ella.*

Iglesia y Cristo forman "un único Cristo total" (No. 16), pues

> *...como existe un solo Cristo, también existe un solo cuerpo y una sola Esposa suya, una sola Iglesia católica y apostólica (No. 16),*

Fuera de la mediación de la Iglesia, todos, incluso

> *...los adeptos de otras religiones objetivamente se encuentran en una situación gravemente deficitaria (No. 22).*

Con todo énfasis se afirma, citando el *Catecismo de la Iglesia Católica:*

> *No se debe creer en nadie más, a no ser en Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo (No. 7).*

¿Por qué tal reduccionismo? Aquí comienza a articularse el sistema romano, el romanismo: por causa "del carácter definitivo y completo de la revelación de Jesucristo" (No. 4). Podrán pasar milenios, podrán los seres humanos emigrar a otros planetas y galaxias, pero la historia quedó como petrificada hasta el juicio final, puesto que no va a haber absolutamente ninguna novedad en términos de revelación:

---

[*] Leonardo Boff es un teólogo brasileño y escritor, castigado en NS? con un año de "silencio obsequioso" por el cardenal Ratzinger

> *...no se debe esperar nueva revelación pública antes de la gloriosa manifestación de Nuestro Señor Jesucristo (No. 5).*

El sistema está completo, cerrado, y todo es propiedad privada de la Iglesia (la jerarquía vaticana), que debe expandirlo al mundo entero. ¿Qué dirá ella a los seres humanos —después de millones de años de evolución y de encuentro espiritual con Dios— y a los demás cristianos que no son católico-romanos? Las respuestas son claras y sin vacilaciones, verdaderas puñaladas en el pecho de los destinatarios: A ustedes, personas religiosas del mundo, miembros de las religiones, incluso más ancestrales que nuestro cristianismo (como el budismo o el hinduismo), les anuncio esta desoladora verdad: ustedes no tienen "fe teologal"; únicamente tienen "creencia"; sus doctrinas no son cosa del Espíritu, sino algo "que ideó el ser humano en su búsqueda de la verdad" (No. 7). Si poseyeran algunos elementos positivos, "no se les puede atribuir origen divino" (No. 21), ni son de ustedes, porque son nuestros, ya que

> *...reciben del misterio de Cristo los elementos de bondad y de gracia presentes en ellos (No H).*

Y ustedes. Iglesias ortodoxas que tienen jerarquía y la eucaristía: ustedes son sólo "iglesias particulares", sin plena comunión, por no aceptar el primado del Papa (No. 16). Y ustedes. Iglesias evangélicas, salidas de la Reforma unas, y surgidas otras después, escuchen bien esta sentencia: ustedes "no son iglesias en sentido propio" (No. 17); son "comunidades separadas",

> *...cuyo valor deriva de la misma plenitud de gracia y verdad que fue con fiada a la Iglesia Católica (No 17),*

Y ahora, escuchen todo lo que el Concilio Vaticano II sentenció y nosotros reafirmamos:

> *La única verdadera religión se verifica en la Iglesia Católica y apostólica, a la cual el Señor Jesús confió la misión de difundirla a todos los seres humanos (No. 23).*

Sepan que únicamente en ella está la verdad Todas las personas están obligadas a adherirse a ella, pues fuera de esta verdad que es Cristo y la Iglesia todos ustedes se encuentran de modo irremediable en el error. En el fondo, este documento, expresión suprema de totalitarismo, dirá a todos, de forma cruel y sin piedad: sin Cristo y la Iglesia ustedes todos no poseen nada de propio; y si por ventura tuvieran algún elemento positivo, no es de ustedes, sino de Cristo y de la Iglesia. A ustedes no les queda otro camino que la conversión. Fuera de la conversión sólo hay riesgo objetivo de perdición.

Después de tal pronunciamiento para nosotros, mortales, propulsores del micro y del macro ecumenismo, queda claro que cualquier iniciativa del Vaticano en esa área esconde una farsa y prepara una trampa. Los llamados que el documento hace a la continuidad del diálogo no son propiamente sobre los contenidos religiosos, sino sobre el respeto a las personas, iguales en dignidad, pero absolutamente desiguales en términos de las condiciones objetivas de salvación.

Con estas tesis, el tímido cardenal José Ratzinger compareció como exterminador del futuro del ecumenismo. ¿Cómo se llegó a tal sistema totalitario, el romanismo, que tantas víctimas causa, y que produce un discurso de exclusión y de desesperanza?

2. El capitalismo jerárquico romano

Este tipo de discurso no es específico del romanismo, sino de todos los totalitarismos contemporáneos, del fascismo nazi, del estalinismo, del sectarismo religioso, de los regímenes latinoamericanos de seguridad nacional, del fundamentalismo del mercado y del pensamiento único neoliberal. El sistema es totalitario y cerrado en sí mismo, en el caso de la jerarquía vaticana, un "totatus" ("totalitarismo") como decían teólogos católicos, críticos del absolutismo de los papas. La realidad empieza y termina allí donde empieza y termina la ideología totalitaria. No existe

nada más allá del sistema. Todos deben someterse a él, como dice el documento de Ratzinger, en

> *...obediencia, sumisión plena de la inteligencia y de la voluntad, dando voluntariamente asentimiento (No. 7).*

La verdad es sólo intrasistémica. Solamente los que obedecen al sistema participan de los beneficios de la verdad que es la salvación. Todos los demás están en el error.

Quien pretende tener él solo la verdad absoluta, está condenado a la intolerancia para con todos los demás, que no están en ella. La estrategia es siempre la misma, en cualquiera de estos totalitarismos: convertir a los otros o someterlos, desmoralizarlos o destruirlos.

Conocemos bien este método en América Latina. Fue minuciosamente aplicado por los primeros misioneros ibéricos que vinieron a México, al Caribe y a Perú con la ideología absolutista romana. Consideraron falsas las divinidades de las religiones indígenas, y sus doctrinas las tuvieron por pura invención humana. Y las destruyeron con la cruz asociada a la espada. Los ecos de los lamentos de los sabios aztecas resuenan hasta hoy:

> *Dijisteis que no eran verdaderos nuestros dioses. Nueva palabra es ésa, la que habláis. Por causa de ella estamos perturbados, incomodados. Oigan, señores nuestros: no hagáis a nuestro pueblo algo que le cause desgracia o que lo haga perecer. No podemos quedar tranquilos* [1].

Los mayas sollozaban:

> *¡Ay!, entristezcámonos, porque llegaron (los españoles cristianos). Vinieron a hacer que las flores se marchiten. Para que su flor viviese, dañaron y devoraron nuestra flor.*
>
> *Castrar el sol: eso es lo que vinieron a hacer ellos aquí. Ese Dios "verdadero" que viene del cielo, sólo de pecado hablará, sólo sobre el pecado será su enseñanza. Ellos nos enseñaron el miedo* [2].

¿Podrá imaginar el cardenal Ratzinger lo que un piadoso presbiteriano, trabajando en el interior de la selva amazónica con los indígenas, o un monje taoísta, sumergido en su contemplación, sentirán, cuando, en un encuentro inter-religioso cualquiera, se les diga que ellos no tienen fe, o que no son iglesia, que en sí nada tienen de divino y de positivo, y que si lo poseen es únicamente por Cristo y por la Iglesia? Humillados y ofendidos, tienen motivos para llorar como los aztecas y los mayas. Y su lamento llegará hasta el corazón de Dios, que siempre escucha el grito de los oprimidos, sin la mediación innecesaria de la Iglesia. Pero como son justos y sabios, de seguro sólo sonreirán frente a tanta arrogancia, a tanta falta de respeto y a tanta ausencia de espiritualidad para con los caminos de Dios en la vida de los pueblos.

La estrategia del documento vaticano obedece a la misma lógica de los referidos totalitarismos: la de la desmoralización y de la disminución hasta la completa negación del valor teologal de las convicciones del otro. Destruye todas las flores del jardín no católico y religioso, para que quede, soberana y solitaria, sólo la flor de la Iglesia romano-católica. Y todo, bajo la invocación de Dios, de Cristo y de la revelación divina, pecando alegremente contra el segundo mandamiento de la Ley de Dios, que prohíbe usar el santo nombre de Dios en vano o para encubrir intereses meramente humanos.

¿Cómo se llegó a esa rigidez fundamentalista y sin piedad? No queremos resumir aquí la investigación histórica, hecha por los mejores historiadores y exegetas católicos que el cardenal Ratzinger conoce, pues los estudió en sus aulas de Freising, Bonn, Tubinga y Regensburg: de la comunidad fraternal de los inicios del cristianismo, por razones históricas comprensibles aunque no

---

[1] Miguel León Portilla, *A conquista da América Latina vista pelos indios.* Petrópolis, Vozes, 1987, págs. 21s.

[2] *Ibid*, págs. 60-62.

justificables, se llegó a una sociedad eclesiástica piramidal y desigual.

En los primeros siglos, hasta más allá del año mil, el pueblo cristiano participaba del poder de la "Iglesia comunidad de los fieles", en las decisiones y en la elección de sus ministros, según el antiguo adagio: "todo lo que interesa a todos debe ser discutido y decidido por todos". Después, el pueblo comenzó a ser sólo consultado, y por fin, quedó totalmente marginado y expropiado de la capacidad que originalmente poseía. Así surgió en la Iglesia una innegable división y desigualdad: por un lado una jerarquía que todo lo sabe, de todo es maestra, discute de todo y en todo ella decide, al lado y encima de una masa de fieles despotenciada y destituida, que debe obedecer y adherirse por completo a la jerarquía. Esta realidad es en sí misma perversa, y contraria al sentido originario del mensaje de Jesús. Para hacerla aceptable entran en funcionamiento los mecanismos de legitimación. La jerarquía vaticana elabora la correspondiente teología, con el objeto de justificar, reforzar y sacralizar su poder. Para hacer que ese poder sea irreformable, intocable y absoluto, le atribuye un origen divino, cuando, en realidad, es producto histórico y fruto de un proceso implacable de expropiación. Para conseguir tal faraonismo, la jerarquía vaticana echó mano de la manipulación de decretales y de la falsificación del famoso Testamento de Constantino, hasta implantar, con Gregorio VII en 1075 con su *Dictatus Papae* (la Dictadura del Papa), el poder absoluto del papado en formulaciones como éstas:

> *El Papa es el único hombre al cual todos los príncipes le besan los pies (esto valía hasta mediados de este siglo, con Pío XII); su sentencia no debe ser reformada por nadie, y sólo él puede reformar la de todos; él no debe ser juzgado por nadie.*

Por fin, con Pío IX, de infeliz reciente beatificación, fue proclamado infalible en su magisterio, pudiendo decidir todo "por sí mismo sin el consentimiento de la Iglesia".

A partir de esa ideología totalitaria se leen las Escrituras y se entresaca de ella lo que interesa para fundamentar esta doctrina ideada por la sed de poder, espiritualizando las perspectivas contrarias o simplemente silenciándolas, incluso las más esenciales. El documento del cardenal Ratzinger prolonga este método sin la mínima sutileza que sería de esperar de alguien que un día fue un teólogo de reconocida competencia. Cabe recordar que el Jesús histórico fue víctima de un sistema absolutista semejante, aquel construido por los escribas y fariseos. En nombre de él rechazaron a Jesús como falso profeta, enemigo de la verdad, Belzebú, traidor a las tradiciones y seductor del pueblo. Jesús les contradice —y lo mismo diremos al cardenal Ratzinger—:

> *...en verdad, anulan ustedes el mandamiento de Dios para establecer las tradiciones de ustedes y cosas como éstas hacen ustedes muchas más (Me. 7,13).*

...por causa de sus tradiciones no enseñan el precepto de Dios (Mt. 15, 3).

Y ¿qué es lo que el cardenal Ratzinger deja de enseñar como precepto de Dios, en nombre de tradiciones espúreas?

3. Errores teológicos que hacen inaceptable el documento vaticano

El cardenal Ratzinger no enseña la esencia del cristianismo, sin la que nada se sustenta, de lo que resulta vana toda la argumentación del documento Entre otras cosas esenciales, dos son las más graves: no anuncia la centralidad del amor ni predica la importancia decisiva de los pobres. En su documento, éstas dos cosas están totalmente ausentes.

Para Jesús y para todo el Nuevo Testamento, el amor lo es todo (Mt. 22,38-39), porque Dios es amor (1 Jn. 4,8.16) y únicamente el amor salva (Mt. 25, 34-47), un amor que debe ser incondicional (Mt. 5,44). Nada de eso se lee en el documento cardenalicio. Éste sólo habla de verdades reveladas y de la fe teologal como adhesión plena a ellas. Y bien sabe el cardenal

que la fe sola no salva, puesto que como dicen todos los concilios, sólo salva la fe "informada de amor" *(fides caritate informata).* Cabe recordar la famosa sentencia de Blas Pascal:

> *...la verdad fuera de la caridad no es Dios, apenas una imagen y un ídolo que no debemos amar ni adorar (Pensamientos, No. 582).*

Esa ausencia del amor es clamorosa, solamente comprensible en quien no tiene una experiencia espiritual, no se encuentra con el "Dios comunión de personas divinas", no ama a Dios y al prójimo, sino que sólo se adhiere perezosamente a las verdades escritas y abstractas. Por el hecho de que el texto no revela ningún amor, también muestra que no ama a nadie, a no ser al propio sistema.

Sin compasión ni esfuerzo de comprensión, injuria el credo de los otros. Más todavía: para empeorar su situación, en ningún momento se refiere a los pobres. Para Jesús y todo el Nuevo Testamento, el pobre no es un tema entre otros. Es el lugar a partir del cual se descubre el evangelio como buena noticia deliberación ("bienaventurados ustedes los pobres"), y funciona como criterio último de salvación o de perdición. De nada sirve pertenecer a la Iglesia romano-católica, poseer todo el arsenal de los medios de salvación, someterse con mente y corazón al sistema jerárquico, acoger todas las verdades reveladas, si no se tiene amor "nada soy" (1 Cor. 15,2). Si no tuviéramos amor al hambriento, al sediento, al desnudo, al peregrino y al preso, nadie, ni yo ni el cardenal Ratzinger, podremos escuchar las palabras bienaventuradas:

> *Vengan, benditos de mi Padre, tomen posesión del Reino preparado para ustedes desde la creación del mundo (Mt. 25, 34).*

Porque

> *...cuando dejasteis de hacer algo a uno de estos pequeños, fue a mí a quien se lo hicisteis (Mt. 25, 45).*

La cuestión del pobre es tan esencial a la herencia de Jesús, que cuando Pablo fue a verificar su doctrina ante los apóstoles en Jerusalén, éstos le exigieron el cuidado de los pobres (Gal. 2,10).

La tradición teológica de la Iglesia siempre argumentó rectamente: donde está Cristo ahí está la Iglesia; *y* Cristo está en los pobres; luego, la Iglesia está (debe estar) en los pobres. No sólo en los pobres trabajadores y buenos, sino en los pobres pura y llanamente por el simple hecho de ser pobres. Al ser pobres, tienen menos vida, y por eso son los destinatarios primeros de ese anuncio y de la intervención liberadora del Dios de la Vida. Ninguna resonancia de ese anuncio de libertad y de compasión hallamos en este rastrero documento vaticano. Sobre la cuestión de los pobres se podría inaugurar un ecumenismo abierto y fecundo, con todas las iglesias, religiones, tradiciones espirituales y personas de buena voluntad... En el amor incondicional y en los pobres se encuentra la centra-lidad del mensaje de Jesús, y no en el alegato ideológico montado por el documento del cardenal. Hay una forma de negación del Dios vivo que solamente los eclesiásticos llevan a cabo: hablar de Dios, de su revelación y de su gracia, sin mostrar ninguna compasión para con los pobres y los ofendidos. No hablan del Dios de Jesús que escucha el grito de los oprimidos y desciende para liberarlos (Ex. 3, 4), sino de un fetiche eclesiástico que "ideó" (No. 7) el ser humano en su sed de poder. No sin razón la imagen de Dios que emerge del documento es de un Dios fúnebre que murió hace mucho tiempo, pero que dejó como testamento frases recogidas en el Nuevo Testamento, con las cuales la jerarquía vaticana construye un edificio de salvación exclusivo para quien entre en él.

Sin embargo, hay otras insuficiencias graves de teología que importa denunciar: el documento ofende al Verbo que "ilumina a todo ser humano que viene a este mundo" (Jn. 1 , 9), y no sólo a los bautizados y a los que son romano-católicos. El documento blasfema el Espíritu que "sopla donde quiere" (Jn. 3,8) y no sólo sobre aquellos ligados a los esquemas del cardenal. Jesús enfatiza que "los verdaderos adoradores que el Padre desea, han de adorarlo en

Espíritu y en Verdad" y no únicamente en Roma (Jerusalén) o Garizim (Cracovia: Jn. 4,21-23), es decir, por todas las personas abiertas a la dimensión espiritual y sagrada del universo, manifestación de la presencia del Misterio divino, cuya culminación se encuentra en la encarnación.

El documento deja en ridículo a los seres humanos al ocultarles lo principal del mensaje de Jesús referido más arriba: el amor incondicional y la centralidad de los pobres y oprimidos. En su lugar les ofrece un indigesto menú de citas arrancadas para justificar las discriminaciones y las desigualdades producidas contra la voluntad manifiesta de Jesús, que prohibió que alguien se llamara maestro o padre (Papa es la abreviación de "padre de los pobres", *pater-pauperum* = papa) o que se considerara mayor o primero que los demás, "porque ustedes son todos hermanos y hermanas" (Mt. 23, 6-12).

La jerarquía romana necesita urgentemente de conversión para que pueda encontrar su lugar dentro de la totalidad del pueblo de Dios y como servicio de la comunidad de fe. Ella no es una facción, sino una función de la "Iglesia comunidad de fieles y de servicios". El documento está a años luz de la atmósfera de jovialidad y benevolencia propia de los evangelios y de la gesta de Cristo. Es un texto de escribas y fariseos y no de discípulos de Jesús, un texto carente de virtudes humanas y divinas, más dirigido a juzgar, a condenar y a excluir, que a valorizar, comprender e incluir como se simboliza en la primera alianza que Dios estableció con la vida y la humanidad, en el arco iris. Ratzinger no quiere la multiplicidad de los colores en la unidad del mismo arco iris, sino solamente el predominio imperativo del color negro, el de la triste jerarquía vaticana.

4. El ecumenismo pasa por Ginebra y no por Roma

Con este documento el cardenal Ratzinger ha cavado la tumba para el ecumenismo en la perspectiva de la jerarquía vaticana. Tiene el mérito de desvanecer todas las ilusiones. A partir de ahora no podemos contar con la jerarquía vaticana para buscar la paz espiritual y religiosa de la humanidad. Al contrario, por su capitalismo concentrador de la verdad divina, por la arrogancia con que trata a todos los demás, el cristianismo jerárquico romano se constituye el más grande bastión de reaccionarismo, masculinismo, machismo y totalitarismo ideológico hoy existente Pero la jerarquía romana no es toda la Iglesia, ni representa la entera jerarquía eclesiástica mundial Dentro de la jerarquía hay cardenales, arzobispos, obispos y presbíteros que siguen el camino evangélico del mutuo aprendizaje, del diálogo abierto y de la búsqueda sincera de la paz religiosa, asentada en la experiencia radical del Misterio, que se vela y revela a lo largo de toda la historia del universo y de la humanidad y adquiere cuerpo —singular en cada caso— en las religiones y en el cristianismo. No obstante ése no es el camino estimulado por Roma. Al revés, es puesto bajo sospecha de relativismo y condenado.

Si continúa la actitud excluyente del Vaticano, el ecumenismo cristiano no pasará ya por Roma, sino por Ginebra, sede del Consejo Mundial de Iglesias Allí se perpetúa la herencia de Jesús, abierta a las dimensiones del Espíritu, que llena la faz de la Tierra y caldea los corazones de los pueblos y de las personas.

Como el documento de Ratzinger es fruto de un sistema cerrado y férreo, no muestra sensibilidad alguna hacia la realidad que va más allá de él mismo. Es el sapo que vive en el fondo del pozo y nada sabe de universos que haya más allá de los límites de su pozo. Un documento que apunta al diálogo religioso mundial debería mostrar el valor de pertinencia y la relevancia de tal diálogo frente a la dramática situación que atraviesan la Tierra y la Humanidad. Nada de ello entra en la agenda del documento. El sentido del diálogo ecuménico e inter-religioso no se agota en la gestación de la paz religiosa, sino que se ordena a la construcción de la justicia y de la paz entre los pueblos y a la salvaguarda de todo lo creado.

Estamos caminando rumbo a una única sociedad mundial. Esta geosociedad tiene rostro del Tercer Mundo, porque cuatro mil millones de personas —sobre seis mil millones—, según los datos del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, viven debajo de la línea de la pobreza. ¿Quién enjugará las

lágrimas de estos millones de víctimas? ¿Quién escucha el grito que viene de la Tierra herida, y de las tribus de la Tierra, hambrientas y excluidas?

El documento no tiene oídos para semejantes tribulaciones. Quien es sordo ante el grito de los oprimidos, no tiene nada que decir a Dios ni nada que decir en nombre de Dios. El cristianismo presentado por el cardenal Ratzinger no es mundializable: es expresión del lado más sombrío del Occidente, que cada vez más se convierte en un accidente. Su documento cierra el segundo milenio de un tipo de cristianismo que no debe ser prolongado por veneración al Misterio de Dios que se revela en la historia, por amor a Jesucristo, cuyo significado y mensaje no quieren excluir ni disminuir a nadie, por comunión con las demás iglesias cristianas que llevan adelante la memoria de Jesús, y por respeto a los demás caminos religiosos y espirituales por los cuales Dios siempre visitó en salvación y gracia a todos los seres humanos. En el nuevo milenio que se inaugura, surgirá un nuevo ecumenismo católico como aquel que está siendo realizado en estratos importantes de la jerarquía que se convirtió al sentido evangélico de servicio y animación de la fe, en las bases de la Iglesia y en las comunidades católicas y cristianas, ecumenismo fundado en la espiritualidad y en la mística del encuentro vivo con el Espíritu y el Resucitado, al servicio de los hombres y mujeres, empezando por los más pobres y castigados, en comunión y en diálogo con otros portadores de espiritualidad. Es misión de todos suscitar y animar la llama sagrada de lo Divino y del Misterio que arde dentro de cada corazón y en el universo entero. Sin esa llama sagrada no salvaremos la vida ni garantizaremos un futuro de esperanza para la familia humana y la Casa Común, la Tierra. Para tal propósito, todo ecumenismo es deseable, toda sinergia es imprescindible. Y Roma, algún día, *post Ratzinyer lociitum* —una vez que ya habló Ratzinger—, tendrá que sumarse a esta tarea mesiánica.

Traducción de Jose María Vigil